
Oriente vs. Occidente: dicotomías espaciales y novelescas en *Oriente empieza en el Cairo* de Héctor Abad Faciolince

Nelly Zamora-Breckenridge
Valparaiso University

Durante las primeras décadas del siglo XX la inmigración europea fue notoria, especialmente en los países del Cono Sur. No sucedió lo mismo con países como Colombia, en donde los números no fueron relevantes. A diferencia de los europeos que no mostraron interés por inmigrar a Colombia durante la última década del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, la población árabe, principalmente la vertiente cristiana, encontró en la parte norte del territorio colombiano su segundo hogar (Isabela Restrepo Mejía 5). Dentro de los diferentes grupos árabes, los turcos fueron los que tuvieron mayor presencia en este viaje migratorio. Aunque, por muchos años, Colombia ha estado conectada con la idea de Oriente a través de estas olas migratorias que se dieron a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el concepto de Oriente continúa en la memoria del imaginario colombiano como algo lejano y exótico con anhelos de ser explorado.

Con la publicación del libro *Orientalismo* de Edward Said (1978) fueron varias las posturas críticas y controversiales que con respecto al tema, se dieron en el plano de la crítica literaria. No es nuestro propósito hacer parte de esta discusión, sino por el contrario, nuestro interés está en presentar a Oriente y Occidente como dos conceptos epistemológicos que en lugar de yuxtaponerse se complementan justificando su existencia 1. En *Oriente empieza en el Cairo* (2002) del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, entramos en contacto con dos ciudades cosmopolitas, Medellín, a través del origen de los personajes y el Cairo, destino geográfico al que dichos personajes se trasladan para abrir sus mentes a nuevas realidades de un mundo ajeno y distante. Los paralelismos socioculturales entre las dos ciudades son evidentes durante toda la travesía que emprenden los personajes. El propósito del presente estudio es mostrar cómo el concepto de Oriente se desmitifica traspasando las fronteras espaciales y cobrando un papel determinante en la obra literaria de Abad Faciolince para establecer puntos de convergencia entre los dos mundos.

Oriente empieza en el Cairo se narra siguiendo las pautas de la literatura de viajes, en donde el viajero emprende un viaje empírico y crítico que le permite proyectar sus conocimientos en el país al que visita y de ahí comprobar con la mirada, que lo que ha leído coincide con lo que percibe en su visita (Patricia Almarcegui 1).

La obra está dividida en 30 episodios en donde el narrador y sus dos acompañantes sentimentales (cuyos nombres permanecen en el anonimato y sólo se recurre a las iniciales A y C para designarlas), recorren los diferentes entramados que constituyen el bagaje cultural de Oriente desde su perspectiva occidental. Hablando hipotéticamente, pareciera como si Abad Faciolince hubiera creado esta obra a propósito de las discusiones surgidas a raíz de la publicación del libro de Said 2, en cierta forma para contribuir desde el punto de vista literario con tal discusión. Silvia Nagy-Zekmi señala cómo “En el contexto literario latinoamericano las raíces del orientalismo se remontan al modernismo y posiblemente más allá, a Sor Juana, a la literatura de viaje, y específicamente a Humboldt quien “orientaliza” el continente por medio de numerosas metáforas estereotipadas” (14). Son muchas las conversaciones críticas que se han dado en torno al dominio que ejerce el Occidente en relación con la representación del Oriente, ya que en cualquier descripción que se haga la hegemonía del primero se antepone a aquella del segundo 3. En el caso de Abad Faciolince, más que establecer su hegemonía o poderío a través de la representación de dicho conocimiento, el narrador con un discurso autobiográfico nos lleva de la mano para desmitificar en gran medida las ideas occidentales prestablecidas que se tienen de dicho mundo lejano.

Desde la primera sección, el narrador con un tono nostálgico, expresa la necesidad de ir en busca de lo desconocido, de aquello que se aleja y diferencia de lo que constituye su identidad:

Ya que supongo que somos de Occidente (occidental es al menos la lengua en la que escribo y la cultura que colonizó esta esquina de América, la Nueva Granada, el territorio de lo que hoy es Colombia), entonces lo mejor será emprender un viaje que nos lleve hacia lo que dicen que es distinto. El problema es saber dónde termina lo nuestro, lo occidental, y dónde empieza lo ajeno, lo oriental (14).

A medida que avanza la narración, esta ansia de conocimiento por lo exótico y lejano, hace que el narrador sufra una transformación a través de la cual no sólo busca emular la figura de Flaubert en su viaje a Oriente (14) sino que también busca camuflarse con un look oriental que le permita pasar desapercibido al llevar a cabo su viaje de aprendizaje: “Para ir ganando tiempo, para parecerme a la imagen estereotipada que tengo de los levantinos, resuelvo imitar a Flaubert. Si no lo puedo hacer en la escritura, que sea al menos en el gesto; me dejo crecer la barba” (14). Esa nueva imagen de la que pretende apropiarse al entrar en contacto con Egipto y más específicamente El Cairo, su primera parada, no le ayuda a superar la desazón que siente al contrastar la ciudad de El Cairo, construida en su mente a través de lecturas e imágenes vendidas en Occidente, con la ciudad que tiene en frente de sus ojos como parte de su experiencia vivencial. El narrador va de-construyendo gradualmente esas imágenes míticas para a su vez crear un nuevo imaginario visual que esté más cerca de su contacto con este nuevo lugar: “Querida ciudad de El Cairo: me gustaba más tu cara antes de conocerte” (26). La mente del narrador asume una crítica directa del espacio geográfico en el que se encuentra a través de su bagaje epistemológico occidental. Es claro que la procedencia del narrador está presente de manera evidente a lo largo de su viaje y es a través de ella que el narrador se permite elaborar sus juicios de valor con respecto a lo que observa y experimenta:

...las lecturas son humo. Quiero decir, los libros y los datos antiguos no hablan de El Cairo de hoy. Y El Cairo de hoy es humo o, lo que es casi lo mismo, falta de agua. El Nilo a primera vista, entre la bruma humeante de El Cairo, no es el río maravilloso de los libros: se ve oscuro y cansado, casi derrotado por los millones y millones de personas que aquí beben de él, con él se limpian, y a él devuelven buena parte de sus desperdicios (32).

Colombia, su país de origen, se hace presente para establecer un punto de comparación entre los dos mundos, ese mundo conocido y aquél mundo ajeno que está experimentando por primera vez. De ahí que en una de las primeras secciones mencione a El Chocó, en el occidente colombiano, uno de los lugares más húmedos del planeta, para contrastarlo por oposición con El Cairo un sitio seco y polvoriento:

Son dos espectáculos tan disímiles, la selva húmeda (con cortinas de agua que en unos pocos segundos te empapan) y el desierto (con esa intensidad del azul arriba, y de la arena abajo), con una sequedad que sólo rompen las gotas de sudor; son tan distintos que por un momento tengo la clara conciencia de haber estado en dos planetas diferentes: el Sahara y el Chocó, esos dos estremecedores extremos de la Tierra (35).

Se ve claramente cómo la focalización externa se hace desde afuera para así narrar con un tinte ideológico la forma en la que el narrador ve a Egipto y, en este caso, El Cairo. Con una mirada occidental, el narrador ve y describe el espacio sociocultural que lo rodea junto con el comportamiento de su gente. Como señala el mismo Said: “Incluso los escritores más imaginativos de la época, hombres como Flaubert, Nerval o Scott, estaban coaccionados a la hora de sentir o decir algo sobre Oriente porque el orientalismo era, en última instancia, una visión política de la realidad cuya estructura acentuaba la diferencia entre lo familiar (Europa, occidente, “nosotros”) y lo extraño (Oriente, el Este, “ellos”)” (73)

Siempre aludiendo y contrastando su vivencia con aquella vivida por Flaubert, el narrador deja de centrarse en la ciudad o en su espacio y su ambiente, para pasar observar a ese “otro” parte de un espacio desconocido: su gente. A lo largo de la narración se visualiza ese afán incansable del narrador

por formar parte y ser testigo de ese mundo social y familiar que caracteriza el diario vivir de la gente de Oriente: “Quisiéramos ocupar una mesa cerca de ellos para saber qué comen, cómo comen, cómo hablan y tragan y se portan, pero no es posible; todo el espacio está reservado para ellos y nosotros, los khawagat, los extranjeros, debemos observar de lejos” (45). El ímpetu por ver, por conocer y así experimentar lo diferente y lo extraño, marca los diferentes recorridos que el narrador y sus dos esposas se trazan en su viaje. La construcción del sujeto colonial en este discurso se da como señala Bhabha a través de “una articulación de formas de diferencia, racial y sexual” (92). Al narrar sus vivencias, el narrador cumple las veces de un voyerista que observa detenidamente los movimientos, miradas y acciones del otro, representado por la gente de El Cairo. Por medio de esta experiencia se da una conexión directa entre el nuevo espacio geográfico que visita y su identidad propia. Con una suerte de fenómeno sinestésico, el narrador en su desplazamiento se abre al encuentro con la otredad y quiere mirar, oler, tocar, degustar, escuchar y palpar todo lo que encuentra a su alrededor. Un ejemplo claro se da cuando el narrador hace alusión a los perfumes de oriente como corriente denominador del colectivo imaginario: “Pero quizá, más que en las perfumerías, es en las tiendas de especias donde más se te impregnan los colores exóticos, las mezcla de fragancias que te hunden en una magnífica alucinación de estímulos” (64). Fue a raíz de esos olores y sabores que el Oriente se convirtió en un punto obligado de tránsito para los europeos que viajaban hacia la India y la China.

Conforme avanza la narración, se hace más explícito el deseo del narrador por tener un contacto más directo con la gente del común. Esto hace que él principalmente, más que sus acompañantes, busque distanciarse de los espacios turísticos establecidos principalmente para los occidentales y quieran alojarse en un hotel del común. Sin embargo esta experiencia en lugar de colmar sus ansias de conocimiento, los obliga a regresar a ese mundo occidental recreado para ellos al interior de El Cairo, en donde pueden disfrutar del confort al que están acostumbrados. El tono humorístico con el que se narra esta experiencia crea en el lector una imagen hiperbólica de las condiciones a las que se puede llegar por desconocimiento del entorno en el que se está:

Al fin llegamos al hotel paraíso prometido. La entrada no augura nada bueno; un trozo de la escalera se ha desplomado y hay que pasar pegado a la pared para no caer en el vacío [...] Nos atiende un conserje de ojos verdes y mirada asesina [...] A y yo, fundidos de cansancio, nos dirigimos al cuarto. Queremos dormir. Cuando levantamos la colcha de la cama, bajo las mantas, sobre las sábanas, se pasea una colección de entomólogo; ciempiés, pulgas, pequeñas cucarachas, chinches (50).

El juego lúdico a través de las palabras y de la narración establece la distancia conceptual en relación con lo que se conoce y con lo que se desconoce, al igual entre lo que se acepta o se rechaza. En dicho caso, tanto el narrador como su acompañante deciden salir de ese lugar y buscar un lugar intermedio a partir del cual puedan conectar los dos mundos en relación con su identidad. Emmanuel Taub señala en relación con el tema de la identidad: ‘Una de las principales herramientas de esta construcción de identidad es la proyección de una imagen contrapuesta y hostil de un “otro” para darle de esa forma razón de ser a un Yo Mismo’ (28). Lo que el lector ve a través de la mirada y sentimientos del narrador es su aproximación cognoscitiva hacia ese Oriente conocido sólo a través de una visión impuesta por un mundo ajeno al descrito. Su posición como escritor-narrador hace que su nivel de expectativas sea diferente a aquéllas de un viajero común. De ahí que su visión crítica se incremente en el momento en que lo que encuentra a su paso rompe con su horizonte de expectativas. Con su viaje se da un proceso de búsqueda y descubrimiento que abre su mente y la llena de una realidad vivencial y práctica a través de su experiencia propia.

Uno de los episodios que más inspira al narrador en sus descripciones de Egipto, su cultura y tradiciones es el relacionado con el hermetismo y aislamiento al que están sometidas las mujeres árabes en relación con el hombre. La mirada inquisidora de los árabes hace que el narrador vea truncado su deseo de entrar en contacto con el género femenino. Sin embargo la mirada es un punto de convergencia entre los dos mundos. A diferencia de Occidente donde hay una proliferación visual que espera ser vista, en Oriente, los velos en las mujeres impiden ese contacto entre los géneros. Los

hombres son los que con la mirada buscan acercarse al turista para comercializar sus productos. Como señala el narrador: “en la expresión inglesa eye contact está otra de las claves que los distinguen. El occidental, cada vez más, trata de evitar al máximo todo contacto visual; aquí, en cambio, uno está perseguido, agobiado por el eye contact” (78). Las diferencias entre Oriente y Occidente son evidentes y el discurso es una manifestación clara del deseo por buscar puntos convergentes y divergentes que sirvan de puente entre las dos culturas.

La búsqueda de esa sensualidad oriental descrita durante ciclos en los libros occidentales que hablan de Oriente sufre una transformación desmitificadora al entrar en contacto con la realidad. La imagen occidental del narrador en torno a ese mundo de velos y de bailes sensuales hace parte de un constructo ficticio recreado a través de la historia: “Si debo dar el testimonio de mi propia experiencia, si debo relatar lo que me contaron mis amigos que fuimos consiguiendo con los días (Aisha, Selim, Taleb, Fakkri, Fátima), el ambiente de El Cairo, comparado con el de Madrid o Medellín, me parece más frígido que erótico” (83). El mundo de prohibiciones y tabúes a la que están sometidos los de El Cairo crea una sociedad más recatada y casta. El hombre es un ser superior y la mujer mantiene un papel subordinado: “Más del sesenta por ciento de las mujeres egipcias son analfabetas, y a un porcentaje similar, sobre todo en el campo, se les practica todavía la escisión del clítoris, o, peor aún, la infibulación de la vagina (le cosen los labios con hilo o con argollas para garantizar la fidelidad), que es más grave y dolorosa” (85).

La desigualdad hacia la mujer es aún más notoria durante una de las épocas más importantes en el Oriente, la celebración de El Ramadán. Haciendo un viaje al pasado, el narrador señala respecto al Califa Al-Hakim y una de sus ordenanzas: “Otro de los decretos de aquel tirano demente fu prohibir que las mujeres salieran de sus casas” (106). Con su viaje tanto el narrador como sus acompañantes experimentan de manera indirecta las diferentes privaciones obligadas a seguir por el Corán para el pueblo musulmán durante un mes completo: “...lo más difícil del Ramadán es que ni siquiera se pueda tragar saliva. Nada puede pasar a través de los labios en el mes del Ramadán, salvo el aire. Ni siquiera humo, pues no se puede fumar. Se aspira, inevitable, el denso humo del tráfico de El Cairo, eso sí, porque el Corán no tiene indicaciones al respecto” (103). La visión de occidente permea el discurso del narrador al explicar desde su punto de vista los diferentes excesos que ocasiona la represión que se observa durante el Ramadán: “La lascivia se desata exacerbada y por unos días se siente con más fuerza” (111).

Aunque el Ramadán es descrito por el narrador como un mes de cohibiciones, el deseo por revivir y experimentar indirectamente esta práctica religiosa a través de la escritura, hace que su bolígrafo sea el instrumento clave que exalte el cumplimiento fiel de la gente musulmana a dichas leyes religiosas.

Para concluir, Oriente y Occidente, son mundos en convergencia a través de las diferencias. Aunque los problemas sociales son similares, las prácticas culturales en Occidente establecen fronteras con respecto a Oriente, cuyo mundo infinitamente rico, ha perdurado a través de la historia en el imaginario colectivo de Occidente. *En Oriente empieza en el Cairo*, al finalizar su recorrido junto a sus dos esposas, A y C (sólo al final de la narración y por medio de una voz infantil, el lector sabe que A corresponde a Ana), el narrador concluye y ve en la violencia de su ciudad natal un factor de distanciamiento que otorga mayor poder y presencia a la ciudad del Cairo y que se distancia de aquella realidad presente en su ciudad, Medellín:

En mi país de contrabandistas y mafiosos somos expertos en nuevorrriquismo. Somos hermanos de Egipto en esto, y también en el tercermundismo. La suciedad de El Cairo la he visto parecida en nuestros pueblos de la costa, o en el centro de Medellín, los sábados por la tarde. La pobreza de El Cairo es igual a la nuestra, aunque en El Cairo es más digna y conserva, aun en los casos más dramáticos, cierto halo de respeto. En lo que peor salimos parados es en nuestra violencia: si en El Cairo las bocinas no cesan de sonar (y esto enloquece al cerebro más cuerdo), en Medellín no suenan por un motivo peor: el riesgo de que un energúmeno te mate si pitas. Los atracos y los

asesinatos, el pan nuestro de cada día en nuestra tercermundista Colombia, son la excepción y el escándalo en El Cairo (187).

En los ojos del narrador, Oriente representado por la ciudad del Cairo, ejemplifica la dignidad del ser humano en contraposición con la cosificación a la que son sometidas a diario miles de víctimas en el territorio colombiano, parte del mundo occidental. Es así que el narrador otorga el poder discursivo a Oriente al considerar al Cairo como una de las ciudades más seguras del mundo por encima de muchas metrópolis europeas (190). Al final de la narración se observa cómo Oriente y Occidente son conceptos que coexisten y se complementan; y que aunque Oriente retoma algunos gustos y prácticas capitalistas de Occidente, su bagaje cultural y religioso se mantiene como el principal rasgo diferenciador.

Notas

1. El presente ensayo tendrá como punto de partida los planteamientos teóricos de Edward Said en su obra *Reflexions on Exile and Other essays* (2000).
2. Me refiero al libro de *Orientalism* publicado en 1978.
3. Como señala el propio Said: “The challenge to Orientalism, and the colonial era of which it is so organically a part, was a challenge to the muteness imposed upon the Orient as object (*Reflexions* 202)

Obras citadas

- Abad Faciolince, Héctor. *Oriente empieza en El Cairo*. Barcelona: Mondadori, 2002. Print.
- Almarcegui, Patricia. “La metamorfosis del viajero a Oriente”. *Revista de occidente*.” 280 (2004): 105-117. Print.
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Traducción César Aira. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2002. Print.
- Birns, Nicholas. *Theory After Theory: An Intellectual History of Literary Theory From 1950 to the Early 21st Century*. Ontario: Peterborough, 2010. Print.
- Child, Peters and R.J. Patrick Williams. *An Introduction to Post-Colonial Theory*. London: Prentice Hall, 1997. Print.
- Hutcheon, Linda. “Circling the Downspout of Empire”: Post-Colonialism and Postmodernism. En *Postcolonial Literary Studies*. The first 30 years. Edited by Robert Marzec. Baltimore: The Johnson Hopkins University Press, 2011. Print.
- Nagy-Zekmi (ed.). *Moros en la costa: Orientalismo en Latinoamérica*. Madrid: Iberoamericana, 2008. Print.
- Restrepo Mejía, Isabela. “Migración árabe en Colombia: un encuentro entre dos mundos”. En: *Colombia Oasis: Observatorio De Análisis De Los Sistemas Internacionales* (2004): 181-215.
<http://www.embajadadellibano.org.co/studios/studio1.pdf>
- Said, Edward W. *Orientalism*. New York: Pantheon Books, 1978. Print.
- Reflexions on Exile and Other Essays*. Cambridge: Harvard University Press, 2000. Print.
- Taub, Emmanuel. “Otriedad, Orientalismo e Identidad: nociones sobre la construcción de otro oriental en la revista *Caras y Caretas* 1898-1918.” Buenos Aires: Teseo Universidad de Belgrano.